

Canción de Fuego y Hielo

Lou Escribe



Capítulo 1

Adriana temblaba, acurrucada en una esquina de su habitación. Su cuerpo se convulsionaba cada pocos segundos y a pesar de estar apretando un cojín con todas sus fuerzas contra su boca aún se podían oír sus gemidos de rabia. Ya no sentía dolor cuando su padre la pegada; sentía rabia, una rabia que la cegaba y que no era capaz de controlar. Podía pasarse así horas y horas. Tenía los nudillos sangrando de pegarle puñetazos a la pared. "Esto deberías de hacérselo a él, no a ti misma", pensaba de vez en cuando. "Sería fácil", se decía a sí misma. Pero no lo era, porque a pesar de todo lo que le hacía, de todo el dolor que le causaba, de que le había arruinado la vida; seguía siendo su padre, y era lo único que le quedaba, ya que su madre había muerto cuando ella era muy pequeña.

Se incorporó automáticamente cuando oyó unos pasos apresurados subiendo por las escaleras. "Oh, no. Me ha oído. Se acabó.", pensó Adriana y se quedó mirando a la puerta con expresión neutra, esperando a que su padre entrase descontrolado.

- ¡Maldita niña! ¡Ya te dije que no quería oír ni un murmullo, intento dormir pedazo de inútil! - gritó su padre como un loco. Su rostro estaba tan cerca del suyo que Adriana podía oler su aliento a cerveza. Mientras gritaba, su padre escupía en su cara. Comenzó a temblar otra vez. "Ahora", se decía a sí misma. "Pégale un puñetazo y escapa".

Sin embargo, no hizo nada. Se quedó quieta mirando al vacío y la mano de su padre impactó con tanta fuerza en su mejilla que la tiró al suelo. Algo se desató en su interior, dejó de temblar y sintió como si la rabia que había estado reteniendo durante tanto tiempo explotase. Abrió los ojos aterrorizada y buscó a su padre. La miraba con miedo y asco a la vez, como si fuese un monstruo, una bestia. Tenía calor, necesitaba salir de ahí. Intentó incorporarse pero su padre pegó un alarido así que se quedó quieta, esperando el siguiente golpe, que no llegó. Volvió a mirar a su padre, que ahora se arrastraba por el suelo intentando salir de su habitación. "¿Qué pasa? ¿Acaso le he pegado inconscientemente? Imposible. " se dijo así misma Adriana, confundida. Se acercó más a su padre para intentar averiguarlo pero el gritó aún con más fuerza, lo cual la asustó, pero no se detuvo. Necesitaba ver su cara. Extendió un brazo para darle la vuelta y comprobar si estaba herido pero esta vez fue ella la que gritó. Su brazo estaba en llamas, ardía y ella no se había dado cuenta. "¿Cómo puede estar pasando esto?", se preguntó. Se miró el resto del cuerpo y comprobó que estaba en la misma situación. Dirigió la mirada hasta su padre, que yacía en el suelo inconsciente y tenía quemaduras allí por donde ella le había intentado tocar. Gritó y gritó, incluso se pellizco así misma para comprobar que era real. Se acercó a su espejo para mirarse y comprobar que no estaba loca, y allí estaba. Su pelo parecía una hoguera, su piel se había tornado anaranjada y sus ojos brillaban como dos

estrellas. La ropa que llevaba puesta había quedado totalmente destruida y su cuerpo tan sólo estaba cubierto por unos pocos harapos. Retrocedió, asustada de su propio reflejo. A su paso prendió fuego a una cortina y la madera de la ventana comenzó a arder. Esquivó el cuerpo de su padre, cubierto de quemaduras y se quedó observándolo unos segundos. Olía a carne quemada y su cara era apenas irreconocible. "¿Estará muerto?", se preguntó. "No lo has matado tú. No ha sido culpa tuya, ha sido suya.", se dijo así misma. Y sin más, se dio la vuelta y echó a correr, lejos de su casa, que había dejado quemándose a sus espaldas. Se metió en el bosque, para esquivar la ciudad, pero pronto comprendió que había sido mala idea ya que allí por donde pisaba, la hierba y algunos árboles empezaban a arder. Sin embargo, no había otro remedio, puesto que no podía ir así por el medio de la ciudad. "¿Dónde iré ahora?", se preguntó. No iba a echar de menos a nadie ya que no tenía amigos pero, antes o después verían el fuego y se darían cuenta de que había desaparecido. De repente, lo que había pasado asaltó sus pensamientos. Antes lo había vivido como en un sueño pero ahora, la imagen del cuerpo quemado de su padre tirado en la habitación parecía más real que nunca. Su corazón se encogió ante tal pensamiento y el dolor hizo que se cayese al suelo. Se quedó así unos segundos, hasta que se dio cuenta de que estaba destruyendo el bosque así que, con lágrimas cayéndole de los ojos y evaporándose antes de llegar a sus mejillas se levantó y echó a correr en dirección a la costa.

Después de horas, puede que incluso días, de atravesar playas, campos y acantilados llegó a las montañas, que se alzaban enfrente suya, temibles y totalmente despobladas. Justo lo que necesitaba para causar el menor daño posible. Escalaría hasta lo más alto, donde aún quedaba algo de nieve y buscaría un refugio alejado de la vegetación. Se había dado cuenta de que no se cansaba, no sentía hambre y tampoco sed. Por el momento no le preocupaba, así evitaría que nadie la viese. Comenzó a subir lentamente por la ladera de la montaña, siguiendo un pequeño camino que habría hecho algún pastor. A su paso fue quemando flores y pequeñas plantas, que habían crecido entre las rocas. Tan sólo había recorrido medio camino cuando comenzó a anochecer. Aunque no sentía la necesidad de dormir, decidió intentarlo al menos y seguir ascendiendo por el día, para poder ver mejor por dónde iba y no causar otra catástrofe. Encontró en roca bastante lisa, alejada de los arbustos y se tumbó mirando al cielo. En la oscuridad podía ver con mayor claridad las chispas que desprendía su cuerpo. A pesar de estar desnuda no sentía la menor señal de frío. Cerró los ojos y rezó para que cuando se despertase a la mañana siguiente su cuerpo hubiese vuelto a la normalidad.

Sin embargo, aunque Adriana no se dio cuenta, cuando se durmió su temperatura aumentó, destrozando la poca vegetación que la rodeaba y ahuyentando a lobos, ciervos y aves, que se alejaron lo más posible de

esa extraña criatura en llamas.